

hasta hacer cuadros retocados i sorprendentes, que pocas veces son felices. Por eso es que su libro se lee con agrado i con interes: cautiva por la llaneza del estilo, por la facilidad de la narracion, i por esa naturalidad en que no se ve el arte ni el esfuerzo del escritor.

JEOGRAFÍA DE CHILE. *Pasaje de la cordillera de los Andes por la laguna de Nahuelhuapi.—Comunicacion de don Guillermo Cox en 4 de enero de 1863.*

Al embarcarme en el bote que a orillas de este lago he hecho construir, tengo el gusto de anunciar a Udes., que he realizado con felicidad la primera parte de mi viaje: el pasaje en la cordillera. Dejé a Puerto Montt el 7 de diciembre con mi comitiva, favorecido por el buen tiempo. Llegué el 8 a la orilla del lago de Llanquihue; nos embarcamos en la balandra que trasporta pasajeros de un lado a otro; el viento nos fué contrario, i hasta el 10 solo echamos pié a tierra en el lado oriental, en el seno de una pequeña bahía situada entre el volcan Osorno i el gran cerro Calbuco, que, como centinelas venerables con sus cabezas emblanquecidas por la nieve, parecen los guardianes eternos de estos parajes. Subiendo la pendiente del Osorno, un poco mas arriba de nuestro campamento, habriamos podido avistar la apertura que dá entrada al lago de Todos Santos, pero torrentes de lavas que presentan un aspecto espantoso de destruccion, nos impedian el paso directo i nos vimos obligado a hacer una vuelta por un valle pantanoso: vasto anfiteatro, cuyas gradas están formadas por las crestas de alturas distintas de grandes cerros, i a la estremidad del cual se elevan el Calbuco i el Osorno. El cordon se abre para dar paso al Petrohue, a cuyas orillas llegamos el 14. Subiendo la ribera del Petrohue, rodeando la base del cerro del Osorno, llegamos a la playa del lago de Todos Santos, o de las Esmeraldas como se le ha llamado a justo título.

Me es imposible dar a Udes. una idea del bello color verde brillante que toman por momentos las aguas de este lago cuando se hallan agitadas por el viento: parecen una sábana verde, sembrada de perlas argentinas, las pequeñas marejadas blancas que levanta el viento azotando las aguas. Los contornos del lago resaltan por su tinte sombrío; reina un silencio lúgubre, solo interrumpido por el melancólico canto de la *huala*, de oscuro plumaje; los *tiuques* mismos temen turbar este silencio; han perdido aquí su carácter bullicioso i pendenciero que hace tan importunos en otras partes. Todo el paisaje está dominado por el pico del volcan Osorno. Hallé la embarcacion que construyó aquí el desgraciado Muñoz Gamero en 1843, i estaba inútil; pero felizmente se encontraba intacta i en buen estado la que en 1857 me habia servido para atravesar el lago; los botes de

guta-percha que traía me permitieron pasar sin pérdida de tiempo mis víveres i bagajes al otro lado del lago. Tenia prisa de llegar pronto al boquete situado cerca del Tronador, que se nos anunciaba ya por ruidos semejantes al estrépito del trueno. En fin, el 25 me hallaba al pié del boquete. El 26 lo consagré a una escursion al ventisquero [glacier] que cñe la base del Tronador; queria ver el oríjen del rio Peulla, i me acerqué cuanto era posible. Abordando de frente la base del gigante de hielo i de nieve, tuve que escalar una colina como de una legua de largo, de aspecto amarilloso; que luego reconocí ser toda de hielo cubierta de tierra amarilla; enormes peñas de granito, desparramadas en todas las direcciones por las nieves en su caída, formaban por ámbos lados la gran *morena*, i avanzando me hallé de repente ante una abertura de 8 o 10 varas de largo i de 6 o 7 de alto; pedazos de hielo dentados guarnecian el contorno, hilos de agua que venian de la cima podian, sin mucho esfuerzo de imaginacion, representar una cabellera; de la apertura salia una columna de agua: era el Peulla. Seguramente que la imaginacion de los antiguos no habria tardado en hacer de su corona con sus dientes, su melena húmeda, i de la colina que forma el lomo, un dragon horrible, cuya ocupacion hubiera sido velar las cercanías del Tronador, completad el cuadro con el ruido del trueno que produce la caída de las masas de hielo que se desprenden de la cima. Para la imaginacion poética de los hijos del cielo risueño de la Grecia, esos estrépitos habrian sido el rujido del mónstruo i la manifestacion de su cólera.

Volví encantado de mi escursion. En fin, al otro dia temprano, partí para atravesar la garganta de la cordillera, a la cual los primeros exploradores de estos lugares dieron el nombre de boquete Perez Rosales, Intendente de la colonia de Llanquihue.

El boquete, segun mis cálculos aproximados, tiene una elevacion de 800 metros sobre el nivel del mar. Cuando se le mira del valle del Peulla, teniendo a la derecha el Tronador, se ve al frente dibujarse claramente sobre la cresta de las cordilleras una depresion sensible de la línea culminante: esa es la subida del boquete. Subí los 300 mev. e elevan sobre el valle; pero en lugar de seguir el boquete que, casi horizontal, hace una inflexion a la derecha, escalamos a pique la cordillera ayudándonos con piés i manos, macheteando a cada instante para abrírnos un pasaje a través de los bosques espesos de colihues que, como bayonetas, nos detentan; i en fin despues de algunas horas de una ascencion difícil i penosa, llegamos al espacio situado entre el cerro de la Esperanza i el Doce de Febrero, llamados así por los primeros exploradores. Me hallé a una altura como de 4 a 5,000 piés sobre el nivel del mar: encontramos todas las cimas cubiertas de nieve; los únicos árboles en estos parajes eran los reulis; (*fagus antarcticus*), pero mas pequeños que los de abajo. La vejetacion tenia un aspecto extraño i revuelto, las ramas que en su posicion ordinaria

se elevan sobre el horizonte, en estos árboles se dirijen en sentido del tronco, i los que no estaban así, eran todos tortuosos i desparramados, sin simetría alguna. ¡Qué espectáculo tan magnífico he tenido a la vista en estas alturas!

Mirando hácia el valle del Peulla, tenia a mis piés el boquete cifiendo la base del cerro en que me hallaba i resultando como una ancha cinta de un verde claro sobre el verde oscuro de los árboles que tapizaban las montañas vecinas: a mi izquierda, el pico imponente del Tronador, con sus nieves eternas, dejando escapar los ventisqueros que forman su pié, de un lado el Peulla i del otro el Río-Frío, que serpentea en el llano con sus aguas de un blanco turbio, descansa de su rápido curso en la laguna Fria, mancha blanca sobre el verde de la vejetacion, i va en seguida a perderse en numerosas vueltas al lago de Nahuelhuapi. Tenia delante de mí dos cursos de agua, tributarios de Océanos distintos: el Peulla corriendo por el lado oeste de los Andes hácia el Pacífico, i el Río-Frío dirijiéndose al Atlántico cerca de la laguna Fria; pero mas elevados otros dos pequeños, ostentaban como azulados espejos sus cristalinas aguas, i eran el de los Canqueñes i el de los del Cáutaro, nombres dados por los primeros exploradores. Haciendo una media vuelta i mirando en una direccion opuesta, tenia a mis piés el lago de los Huanacos, cubierto casi enteramente por la nieve, i mas abajo apercibia el lago de Nahuelhuapi. Mas al Este, el horizonte de un azul claro sobre el que dibujaban sus crestas las montañas que rodean el lago, diadema de agua azuleja, colocada en la cima de los Andes por la mano poética de la naturaleza. Tenia, pues, delante de mí el camino que debia conducirme por el Río-Negro a las orillas del Atlántico. Tenia a la vista el lado oriental, cuya esploracion era desde algunos años el objeto de mi pensamiento i el fin de mis deseos. La primera parte de mi tarea estaba concluida. Iba a principiar la otra, ménos penosa por la dificultad del camino, pero tambien ménos segura porque me lanzaba en lo desconocido.

